

to señalado, con dos caballos, dos pequeños cañones, cincuenta peones españoles y cerca de diez mil Totonacas. Estos se desbarataron al primer ataque de los Mexicanos y la mayor parte de ellos se pusieron en fuga; pero con vergüenza suya, los españoles continuaron valientemente el empeño, haciendo no poco daño á los Mexicanos; los cuales, no habiendo experimentado la violencia de la artillería, ni el modo de combatir de los españoles, se retiraron despavoridos á la próxima ciudad de Nauhtlan. Los españoles los persiguieron furiosamente y pegaron fuego á algunos edificios; mas esta victoria costó la vida al gobernador, el cual murió, al cabo de tres días, de sus heridas, á seis ó siete soldados y á muchos Totonacas. Uno de aquellos soldados, que tenía la cabeza gruesa y el aspecto feroz, fué hecho prisionero y enviado á México; pero habiendo muerto en el camino, de sus heridas, solo llevaron á Moteuczoma la cabeza, cuya vista lo horrorizó en tales términos, que no permitió que se ofreciese á sus dioses en ningún templo de la capital.

Tuvo Cortés noticia de estas revoluciones ántes de salir de Cholula;¹ pero no quiso decir nada ni descubrir sus inquietudes, por no desanimar á sus soldados.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES A TLALMANALCO.

No teniendo ya nada que hacer en Cholula, continuó Cortés su viaje hácia México, con sus españoles, con seis mil Tlaxcaltecas y con algunas tropas huexotzingas y cholultecas. En Izcapan, pueblo de Huexotzinco, á quince millas de Cholula, salieron de nuevo á cumplimentarlo los señores de aquel Estado y á prevenirle que desde aquel punto había dos caminos para México: uno abierto y cómodo, que pasaba por unos barrancos donde podía temerse alguna emboscada de los enemigos; otro embarazado con árboles cortados á propósito y que sin embargo era el más corto y seguro. Cortés se aprovechó del aviso, y en despecho de los Mexicanos, hizo desembarazar el camino de los obstáculos que lo obstruían, alegando que la dificultad era mayor aliciente para el valor de los españoles. Siguió caminando por aquellos grandes pinales y encinales, hasta llegar á la cima de un alto monte llamado Ithualco, entre los dos volcanes, Popocatepec é Iztaccihuatl, donde encontraron unas casas grandes, destinadas al alojamiento de los mercaderes mexicanos. Allí tuvieron noticia de la atrevida empresa del capitán Diego de Ordaz, el cual pocos días ántes, para dar á conocer á aquellos pueblos el valor de su nación, subió con otros nueve soldados á la altísima cumbre del Popocatepec, aunque no pudo observar la boca ó cráter de aquel gran volcán, por causa de la alta nieve que en él había y de las nubes de humo y ceniza que lanzaba de sus entrañas.²

De la cima de Ithualco observaron los españoles el bellissimo valle de México, pero con bien diversos sentimientos: unos se deleitaron con la perspectiva que ofrecían sus lagos, sus amenas llanuras, sus verdes montañas, y las muchas

¹ Todos ó casi todos los historiadores dicen que Cortés recibió esta noticia hallándose en México; pero el mismo Cortés asegura que la tuvo en Cholula.

² Bernal Diaz y casi todos los historiadores, dicen que Ordaz subió á la cima del Popocatepec y observó la boca de aquel famoso monte; pero Cortés, que lo sabía mejor, dice lo contrario. Sin embargo, Ordaz obtuvo del rey católico el permiso de poner un volcán en su escudo de armas. Esta gran empresa estaba reservada para Montañó y otros españoles, que despues de la conquista de México, no solo observaron el espantoso cráter, sino que entraron en él, con evidente peligro de la vida, y de allí sacaron una gran cantidad de azufre para hacer la pólvora de que necesitaban.

y hermosas ciudades que lo cubrían: en otros se reanimó la esperanza de enriquecerse con la presa de tan prósperos países; pero algunos, más prudentes y cautos, se estremecieron al contemplar la temeridad de arrostrar tan graves peligros, y de tal modo se amedrentaron, que hubieran regresado desde allí á Veracruz, á no haberlos estimulado Cortés á seguir en la empresa comenzada, valiéndose de su autoridad y de las razones que le sugirió su buen ingenio.

Entre tanto, Moteuczoma, consternado por el suceso de Cholula, se retiró al palacio *Tliltlancalmecatl*, destinado para tiempos de duelo, y allí estuvo ocho días ayunando y ejercitándose en las acostumbradas austeridades, para granjearse la protección de los dioses. Desde aquel mismo retiro envió á Cortés cuatro personajes de su corte, con un regalo y nuevos ruegos y pretextos para disuadirlo de su viaje, ofreciéndose á pagar anualmente un tributo al rey de España y á dar al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de sus oficiales y soldados,¹ si volvían atrás desde aquel punto en que se hallaban. ¡Tan grande era el recelo que inspiraban los españoles á aquel supersticioso príncipe! No hubiera hecho más urgentes diligencias para evitar su presencia, aun habiendo previsto los males que debían hacerle. Los embajadores alcanzaron á Cortés en Ithualco: el regalo que traían era de muchas alhajas de oro, que importaban una crecida suma. Cortés les hizo los mayores obsequios y respondió dando gracias al rey por su generosidad y por sus magníficas promesas, á las cuales esperaba corresponder con buenos servicios; mas protestando al mismo tiempo que no podía volver atrás sin ser culpable de desobediencia para con su soberano, y que procuraría no hacer el menor perjuicio con su venida al Estado; que si despues de haber manifestado verbalmente á su majestad la embajada que traía y que no podía confiar á otra persona, juzgaba aquel monarca no convenir al bien de su reino la permanencia de los españoles en la corte, sin tardanza volverían á ponerse en camino para restituirse á su patria.

Aumentaban la inquietud de Moteuczoma las sugerencias de los sacerdotes, y especialmente lo que le dijeron de ciertos oráculos de sus falsos númenes y de unas visiones que referían haberseles aparecido aquellos últimos días. Estos artificios lo consternaron en tales términos, que sin esperar el éxito de la última embajada, celebró otro consejo con el rey de Texcoco, con su hermano Cuitlahuatzin, y con los otros personajes que solía consultar, los cuales se mantuvieron en sus primeras opiniones: Cuitlahuatzin, en la de no permitir á los españoles la entrada en la corte y de hacerlos salir del reino por fuerza, si era necesario; y Cacamatzin, en la de recibirlos como embajadores, puesto que no faltaban recursos al rey de México para reprimirlos, en caso de que maquinasen algo contra su real persona, ó contra el Estado. Moteuczoma, que siempre había seguido el parecer de su hermano, abrazó en aquella ocasion el del rey de Texcoco; pero encargó á éste que fuese al encuentro de los extranjeros y procurase disuadir al general de su viaje. Entónces Cuitlahuatzin, vuelto al rey su hermano, le dijo: "Los dioses quieran, señor, que no admitais en vuestra casa al que de ella os arroje, y que cuando queráis poner remedio al daño, tengais medios y ocasion de hacerlo." "¿Qué hemos de hacer?" respondió el monarca. Nuestros amigos, y lo que es más, nuestros dioses mismos, en vez de favorecernos, amparan á nuestros contrarios. Estoy resuelto y quisiera que to-

¹ Siendo la carga ordinaria de un Mexicano de cincuenta libras españolas, ú ochocientas onzas, podemos conjeturar, en vista del número de españoles, que la contribucion que ofrecía Moteuczoma, valía más de seis millones de pesos.

dos se resolviesen á no huir, ni mostrar la menor cobardía suceda lo que sucediere; pero me compadece la suerte de los viejos y de los niños, que no pueden oponerse á la violencia que nos amenaza."

Cortés, despedidos los embajadores, se dirigió con sus tropas á Ithualco, encaminándose por Amaquemecan y Tlalmanalco, ciudades que distaban entre sí cerca de nueve millas, y que estaban situadas en la pendiente de aquellas grandes montañas. Amaquemecan, con los caseríos inmediatos, contenía una población de veinte mil habitantes.¹ En estos pueblos fueron bien recibidos los españoles, y muchos señores de aquella provincia visitaron á Cortés y le presentaron cierta cantidad de oro y algunas esclavas. Estos personajes se quejaron amargamente de las vejaciones que sufrían del rey de México y de sus ministros, en los mismos términos que lo habían hecho los de Cempoala y de Quiahuiztla, y por sugestión de los Cempoaltecas y de los Tlaxcaltecas, que acompañaban á Cortés, se confederaron con los españoles, para mantener su independencia. Así que, mientras más se internaban aquellos extranjeros en aquel país, más aumentaban sus fuerzas, á guisa de un arroyo que con las aguas que recibe en su curso crece hasta llegar á ser un gran río.

De Tlalmanalco marchó el ejército hácia Ayotzinco, pueblo situado á la orilla meridional del lago de Chalco,² donde estaba el puerto para los barcos que hacen el comercio con los países situados al mediodía de México. La curiosidad de observar el campo de los españoles costó cara á muchos Mexicanos, pues los centinelas, creyéndolos espías, por el miedo que siempre tenían de alguna traición, mataron quince aquella noche.

VISITA DEL REY DE TEXCOCO A CORTÉS.

Al día siguiente, cuando estaban los españoles prontos á marchar, llegaron cuatro nobles Mexicanos con la noticia de que el rey de Texcoco venia á visitar al general español, en nombre del rey de México. No tardó en llegar aquel personaje en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro domésticos y seguida de una numerosa y brillante comitiva de nobleza mexicana y texcocana. Cuando llegó á vista de Cortés, bajó de la litera y empezó á andar, precedido por algunos de sus servidores, que iban quitando del camino todo cuanto podía ofender sus piés ó su vista. Los españoles quedaron maravillados de tanta grandeza, y por ella conjeturaron cuánta sería la del rey de México. Cortés salió á recibirlo á la puerta de su alojamiento y le hizo una profunda reverencia, á la que respondió el rey tocando la tierra con la mano derecha y llevándola á la boca. Entró con aire noble y majestuoso en una de las salas, y habiendo tomado asiento, dió la enhorabuena al general y á sus capitanes por su feliz llegada, y aseguró los grandes deseos que tenía su tío el rey de México de estrechar amistad y vivir en buena correspondencia con el gran monarca de Levante que los había enviado á aquellos países; pero al mismo tiempo exageró las grandes dificultades que era necesario superar antes de llegar á la capital, y rogó á Cortés que mudase de propósito si quería complacer al rey. Cor-

¹ Amaquemecan, que los españoles llaman Mecameca, es ahora un pueblo conocido, por haber nacido en él la célebre monja Inés de la Cruz, mujer de prodigioso ingenio y de no vulgar literatura.

² Solís confunde Amaquemecan con Ayotzinco. Amaquemecan no ha estado nunca, como él dice, en las orillas del lago, sino distante de él más de doce millas, á la falda de un monte. La visita del rey de Texcoco fué sin duda en Ayotzinco, como afirman los historiadores bien informados y como se infiere de la relación de Cortés. Bernal Díaz dice que la visita se verificó en Iztapatenco; mas este es un error, hijo de poca memoria.

tés respondió que si volvía atrás sin desempeñar su embajada, faltaría á su obligación y daría gran disgusto á su soberano, especialmente hallándose tan cerca de la corte y habiendo vencido tantos obstáculos y peligros en tan largo viaje. "Si así es, dijo entónces el rey, en la corte nos veremos;" y despidiéndose cortesmente, despues de haber recibido algunas frioleras de Europa, dejó allí una parte de la nobleza, á fin de que acompañase á Cortés en su viaje.

De Ayotzinco marcharon los españoles á Cuitlahuac, ciudad fundada en una isla del lago de Chalco, y aunque pequeña, la más hermosa, segun dice Cortés, que habían visto hasta entónces. Comunicaba con tierra firme por medio de dos anchos y cómodos caminos construidos sobre el lago: el uno, á Mediodía, que tenía dos millas de largo, y el otro que tenía algo más, y estaba al Norte. Marchaban los españoles alegrísimos, al ver la muchedumbre y hermosura de los pueblos que había en el lago, los templos y las torres que se erguían sobre los otros edificios, las arboledas que hermozeaban los sitios habitados, los huertos y jardines flotantes, los innumerables barcos que navegaban en todos sentidos; pero no ménos se amedrentaban al verse rodeados de la inmensa multitud de gente que de todas partes acudia á verlos: por lo que mandó Cortés que marchasen en buen orden y apercebidos, y previno á los indios que no les embarasasen el paso ni se acercasen á las filas, si no querían ser tratados como enemigos. En Cuitlahuac fueron bien alojados y obsequiados. El señor de aquella ciudad se quejó secretamente á Cortés de la tiranía del rey de México, se confederó con él y le hizo saber cuán cómodo era el camino para la capital, la consternación en que habían puesto á Moteuczoma los oráculos de sus dioses, los fenómenos del cielo y la felicidad de las armas españolas.

VISITA DE LOS PRINCIPES DE TEXCOCO, Y ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN AQUELLA CAPITAL.

De Cuitlahuac se dirigieron por el otro camino á Iztapalapan, y en él aguardaban á Cortés nuevas prosperidades. El príncipe Ixtlilxochitl, viendo que Cortés no había querido hacer el viaje por Calpolalpan, donde lo aguardaban, resolvió salirle al encuentro en el camino de Iztapalapan. Marchó con este objeto á la cabeza de un gran número de tropas y pasó por junto á Texcoco. Noticioso de esta novedad el príncipe Coanacotzin, su hermano, que desde los disgustos que con él había tenido tres años ántes, y de que he hecho mención, no lo trataba ni tenía la menor comunicación con él, ó movido por el amor fraterno, ó seducido por la esperanza de mayores ventajas, que con su union podría granjearse, salió á encontrarlo en el camino, donde los dos hermanos tuvieron una explicación, se reconciliaron y se pusieron de acuerdo en unirse con los españoles. Caminaron juntos hasta Iztapatenco y allí los alcanzaron. Cortés, viendo venir tanta gente armada, tuvo alguna inquietud; pero informado de la calidad de aquellos personajes y del motivo de su venida, salió á recibirlos, y hechos mutuamente los debidos cumplimientos, convidaron los dos príncipes á Cortés á ir á Texcoco, y él se dejó fácilmente persuadir, por la gran utilidad que pensaba sacar de Ixtlilxochitl, cuyo afecto á los españoles era ya bastante conocido.

Era entónces Texcoco, aunque algo inferior á México en la magnificencia y en el esplendor, la ciudad más vasta y populosa de todo el país de Anáhuac. Su población, comprendida la de Huexotla, Coatlichan y Atenco (que por estar contiguas á ella se consideraban como sus arrabales), era, segun dice Tor-

quemada, de ciento cuarenta mil casas. A los españoles pareció de doble extensión que Sevilla. La grandeza de los templos y palacios reales, la hermosura de las calles, de las fuentes y de los jardines, eran á sus ojos otros tantos objetos de admiración.

Entró Cortés en aquella gran ciudad ¹ acompañado por los dos príncipes y por mucha nobleza acolhua, en medio de un concurso inmenso de espectadores. Fué alojado, con todo su ejército, en el palacio principal del rey, donde el trato de su persona correspondió á la dignidad del alojamiento. Allí le expuso el príncipe Ixtlilxochitl sus pretendidos derechos al reino de Acolhuacan, sus quejas contra su hermano Cacamatzin y contra el rey de México, su tío. Cortés le prometió ponerlo en posesión de la corona, inmediatamente después de haber terminado sus negociaciones con Moteuczoma, y sin detenerse en aquella corte, marchó á Iztapalapan. ²

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN IZTAPALAPAN.

Era aquella una grande y hermosa ciudad, situada hácia la punta de la pequeña península que media entre los dos lagos, el de Chalco á Mediodía y el de Texcoco al Norte. Ibase de esta península á la isla de México, por un camino empedrado, de siete millas de largo, y construido sobre las aguas muchos años ántes. La población de Iztapalapan era de más de doce mil casas, fabricadas la mayor parte en muchas isletas, próximas unas á otras, junto á las cuales había innumerables huertos y jardines flotantes. Mandaba á la sazón en la ciudad el príncipe Cuitlahuatzin, hermano de Moteuczoma, y su inmediato sucesor en la corona de México. Aquel personaje y su hermano Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, acogieron al caudillo español con las mismas demostraciones que habían hecho los otros señores de los pueblos por donde había pasado. Cumplimentólo Cuitlahuatzin con una elegante arenga, y lo alojó, con las tropas que lo acompañaban, en su mismo palacio. Era este un vastísimo edificio de cal y canto, recién construido, y aun no completamente amueblado. Además de las muchas salas y estancias cómodas, cuyos techos eran de cedro y cuyas paredes estaban cubiertas de telas finas de algodón; además de los grandes patios en que se acuartelaron las tropas aliadas de los españoles, tenía un jardín de extraordinario tamaño y amenidad, de que ya he hablado cuando traté de la agricultura de los Mexicanos. Después de comer, condujo el príncipe á sus huéspedes al jardín, donde se recrearon mucho, formando una gran idea de la magnificencia de aquellos pueblos. En esta ciudad observaron los españoles, que en lugar de las quejas y murmuraciones que en otras partes habían oído, solo resonaban encomios del gobierno, porque la proximidad de la corte hacía más cautos y prudentes á los habitantes.

¹ Cortés no hace mención de la entrada de los españoles en Texcoco. Tampoco hablan de ella Bernal Díaz, Acosta, Gomara ni Torquemada, pero se infiere claramente de un pasaje de la carta escrita por Cortés á Carlos V en 1522. Herrera y Solís hacen mención de aquel suceso, pero con circunstancias opuestas á la verdad. Dicen que ántes fueron los españoles á Texcoco y después á Cuitlahuac, en lo que manifiestan ignorar la situación de aquellos lugares. Afirman que Cacamatzin acompañó á Cortés á Texcoco; pero lo contrario consta por la relación del mismo Cortés y por los MS. antiguos citados por D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl. Nada dicen de la reconciliación de los dos príncipes, ni del motivo que tuvo Cortés para ir á Texcoco, separándose del camino que conducía á México. Yo sigo en esta parte á Betancourt, que escribió con el auxilio de las Memorias de Alva y de Sigüenza.

² Un historiador indio, citado por Alva, dice que en esta ocasión se bautizó Ixtlilxochitl, con otros doscientos nobles de su corte; mas esta es una fábula tan inverosímil, que no necesita impugnación.

Al día siguiente muy temprano, marcharon los españoles por aquel gran camino, que, como he dicho, unía á Iztapalapan con México. Estaba cortado por siete pequeños canales para el paso de los barcos, y sobre ellos había otros tantos puentes de madera, para la comodidad de los pasajeros. Estos puentes se alzaban con facilidad, cuando querían impedir el paso á los enemigos. Después de haber pasado por Mexicaltzinco, y visto las ciudades de Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mixcoac, fundadas en la orilla del lago, llegaron en medio de una muchedumbre increíble de gente á un lugar llamado Xoloc, en que se unía aquel camino con el de Coyohuacan. En el ángulo que formaban los dos, y que solo distaba media legua de la capital, había un buen baluarte, con dos torrecillas, circundado por un muro de diez pies de alto, con parapeto y almenas, dos salidas, y un puente levadizo: sitio memorable en la historia de México, por haber sido el campo del general español en el asedio de aquella capital. Allí hizo alto el ejército, para recibir el parabien de más de mil nobles mexicanos, que venían todos uniformemente vestidos, y que al pasar por delante del general español, le hacían el acostumbrado cumplimiento de tocar la tierra y besarse la mano.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN MÉXICO.

Terminada aquella etiqueta, que duró más de una hora, continuaron los españoles su viaje, tan bien ordenados, como si fuesen á dar una batalla. Poco ántes de llegar á la ciudad, tuvo Cortés aviso de que salía á recibirlo el rey de México, y de allí á poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedían tres nobles que alzaban las manos, y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la majestad, con las cuales se anunciaba al público la presencia del soberano. Venía Moteuczoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro, que llevaban en hombros cuatro nobles, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas; en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas suelas, también de oro, atadas con cordones de cuero, cubiertas de oro y piedras preciosas. Acompañábanlo doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles; pero todos descalzos, de dos en dos, y muy arrimados á los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron á verse el rey y el general español, desmontaron, aquel de su litera y éste de su caballo, y Moteuczoma echó á andar, apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Iztapalapan. Cortés, después de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordón de oro con cuentas de vidrio, que parecían piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortés abrazarlo, no se lo permitieron los dos señores que apoyaban al monarca. ¹ Declaróle el general, en una breve arenga, como lo requerían las circunstancias, su afecto, su veneración, y el placer que experimentaba al conocer un rey tan grande y tan poderoso. Moteuczoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuen-

¹ Solís, al referir este encuentro, comete cuatro errores. Dice que el regalo de Cortés era una banda; que los dos señores que acompañaban á Moteuczoma, no permitieron que se la pusiese al cuello; que hicieron esto con muestras de enojo, y que el monarca los reprendió y contuvo. Todo esto es falso y opuesto á la relación del mismo Cortés.

tas de vidrio, con dos collares de hermoso nácar, de que pendian algunos canchales grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Texcoco.

Tanto la nobleza, como el pueblo inmenso que desde las azoteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturcidos, no ménos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignacion de su rey, la cual contribuyó muy eficazmente á engrandecer la reputacion de los españoles. Estos marchaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios, el número de habitantes; y siguieron andando por aquel grande y ancho camino, que, sin separarse de la línea recta, servia de continuacion sobre las aguas del lago, al de Iztapalapan, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus ánimos, con la admiracion, el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino extraño. Así procedieron, por espacio de milla y media, dentro de la ciudad hasta el palacio que habia sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Allí los esperaba Moteuczoma, que con este objeto los habia precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano y lo introdujo en una gran sala: hizolo sentar en un reclinatorio, semejante á los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodón, cerca de un muro, cubierto tambien de una colgadura adornada de oro y piedras, y despidiéndose cortesmente, le dijo: "Vos y vuestros compañeros, estais ahora en vuestra propia casa; comed y descansad, que yo volveré en breve."

Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los Mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mujeres y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por do quiera un aseo exquisito: casi todas las piezas tenian camas de esteras de junco y de palma, segun el uso de aquellos países, con rollos de lo mismo para servir de almohadas; cortinas de algodón y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenian el piso esterado y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos y tenian torres de distancia en distancia; así que, los españoles encontraron allí cuanto podian apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería enfrente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo día por sus enemigos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, mientras se distribuian al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este día tan memorable para españoles y Mexicanos, fué el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al país de Anáhuac.

LIBRO NONO.

Conferencias de Moteuczoma con Cortés. Prision de Moteuczoma, del rey de Acolhuacan y de otros señores. Suplicio atroz de Cuauhpopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernan Cortés, y derrota de Pánfilo Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de México contra los españoles. Muerte del rey Moteuczoma. Combates, peligros y derrota de los españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los españoles á Tlaxcala. Eleccion del rey Cuitlahuatzin. Victoria de los españoles en Tepeyacac, en Xalatzinco, en Tecamachalco y en Cuauquecholan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rey Cuitlahuatzin, y de los príncipes Maxixcatzin y Cuicuitzcatzin. Eleccion en México del rey Cuauhtemotzin.

PRIMERA CONFERENCIA Y NUEVOS REGALOS DE MOTEUCZOMA.

DESPUES de haber comido los españoles y dispuesto cuanto convenia á su seguridad, volvió á visitarlos el rey con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salió á recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general español. El rey le presentó muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y más de cinco mil vestidos finisimos de algodón. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar tambien á Cortés, y todos los circunstantes permanecieron en pié. Cortés le manifestó su gratitud con expresiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso, lo interrumpió Moteuczoma con estas palabras:

"Valiente general, y vosotros sus compañeros: todos mis cortesanos y domésticos son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital; y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los objetos y turbado los ánimos. Decian que érais dioses inmortales, que veníais montados sobre fieras de portentosa grandeza y ferocidad y que lanzábais rayos con los cuales hacíais estremecer la tierra. Otros creian que érais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia tanto como diez de mis súbditos. Pe-